



Tres «fotos» de los actos celebrados en la Universidad de Coimbra: Arriba: el Caudillo Franco mientras atraviesa la «Vía Latina».—Abajo: el Generalísimo en la sala de capelos, acompañado de su padrino académico, Cardenal Patriarca de Lisboa.—A la izquierda: Francisco Franco, nuevo doctor «honoris causa», ya investido con las insignias doctorales.



FRANCO en COIMBRA

Por EUGENIO MONTES (De la Real Academia Española de la Lengua)

HAY dos tipos de portugueses, y sólo dos. Unos, a pesar de la mocedad, no conservan nada. Los otros, de cualquier cosa les queda un son de agua y de versos, un poco de duda en la nostalgia y una musa declinando casos entre los flecos de la orla doctoral. Son los antiguos estudiantes de Coimbra. Únicos a quienes este país reserva los altos puestos de responsabilidad, madurez y mando; y un privilegio más alto todavía: haber tenido juventud.

«Quem não viu Lisboa, não viu coisa boa», quien no se matricula en la curva del Mondego ignora las dos asignaturas que dejan un perfume eterno: el saber y el amor. ¿No habéis andado la Vía Latina ni melancolizasteis en el «Penedo de saudades»? Lo siento; porque perdisteis lo mejor de la vida, ese tren que por aquí pasa dos veces con lenta añoranza, y por otros lados cruza de mala gana, en túneles.

¡Feliz quien se ha dejado el corazón en Heidelberg! El año 1935 subía yo con José Antonio el florido monte que va del Neckar al patio de esa famosa Universidad germánica.

—Una ausencia sufriré siempre—me confesó nuestro doncel—: no haber cursado aquí en mis mocedades. Me duele en el alma no haber recibido en esta colina la primavera antigua. Siempre me resentiré de haberme tropezado con la vida en la polvorienta y reseca calle de San Bernardo, a la entrada de aquel horrible caserón.

El pobre José Antonio se fué sin haberse licenciado al borde de un río dulce, apacible e ilustre. Francisco Franco—que es José Antonio con fortuna, amado por los dioses en vida como el otro en muerte—fué ayer escolar en la orilla de la égloga lusitana, y ya siempre será maestro por esta Universidad gloriosa. Ya habréis comprendido las quejas de José Antonio. Es cierto que el espíritu

sopla donde quiere. Pero también que no quiere soplar en grandes ciudades desangeladas y barullentas, reservándose para unos pocos, muy pocos lugares, apartados del mundanal ruido y afilados en chopos de vigilante vocación. El espíritu europeo es un escolar humanista y jurista como una antología de Universidades florecida junto a susurrantes ríos poéticos. Es Heidelberg, Malburgo, el París de San Luis de Notre Dame; es Oxford, es la Brujas de puntillas y canales de Juan Luis Vives; es el Arno de Dante y Beatriz; fué la Salamanca de la flecha; el Henares de Cervantes; es aún, aún la Coimbra, por cuyo Mondego reman los suspiros de Camoens, cuyas rúas pinas subía a saltitos, como un pájaro, el padre Suárez, y cuyas torres revuelan los versos de Antonio Nobre, o repican bronce en loor de Francisco Franco.

Realmente el espíritu ni es una cosa continua—porque no es cosa—ni versátil. Sopla si le dan chispa; ayuda al anhelo; corresponde al amor. En Salamanca y Alcalá sopló cuando España lo amaba desinteresadamente; y de España se nos fué, desgano y desengañado, cuando las Universidades se convirtieron en estancos de títulos, expendedorías de diplomas y oficinas. Cometimos el error de derivar la Universidad del Estado, en vez de derivar la sociedad y el Estado de la Universidad. Tal vez esa inversión haya causado nuestra

desgracia; tal vez la mayor suerte de Portugal consista en conservar en eso la consecuencia lógica, el principio en el principio, la cabeza en la cabeza, los pies en los pies.

En España, ser doctor no significa nada. Nadie exige ese título en el trato privado y público, ni a nadie se le da como señal de respeto y rango. En cambio, en Portugal resulta difícil poseer jerarquía alguna sin la muceta doctoral. Y en el Occidente entero ocurre algo así. Pero no todos los doctorados valen aquí lo mismo. Coimbra tiene, mercedamente, la preeminencia porque su Universidad otorga realmente más sabiduría que Lisboa y Oporto, y requiere más encendida dedicación. Por eso, la Presidencia del Consejo, el Patriarcado, los ministros de Asuntos Exteriores, Hacienda, Educación Nacional, etc., etc., han salido de este claustro, alma máter del país. Cuando el Rey Trovador puso la capital en el Tajo, supo dónde la ponía; pero dejándole a Coimbra la Universidad, le dejó la mejor parte. Este claustro conimbricense, orgulloso de encarnar una tradición noble y viva, le confirió ayer su insignia al soldado y estadista que hizo posible la culta paz peninsular, cuyas leyes encarnan un nuevo ámbito del Derecho y cuya obra le señala al mundo un camino de continuidad y de salvación. Antes de abrazar a sus compañeros de claustro, abrazó Francisco

Franco, en modo simbólico, la urbe que le hizo doctor. Su abarcadora mirada cidió rápidamente la ovalada colina donde tuvo su agonía Juana la Beltraneja, y en cristal y plata tiene su tumba, en olor de santidad, la Reina bajo cuyos celestes ojos se hizo el primer edificio universitario. A la izquierda queda la Quinta das Lágrimas, por cuyos cedros corre la rumorosa fuente, sollozando con voz de Camoens la elegía del amor infeliz y triunfal. La torre Do Anto. Santa Cruz. Ahí, una noche enlunada vió Eça de Queiroz, adolescente, al gran Antero de Quental. Cerca, la ventana por la que el gigante poeta lacerado tiraba al viento, a la nada, sus versos, en pedacitos que rompía meticuloso, diciendo: «Hace falta ritmo hasta en la destrucción.» ¡Siglos sin esperanzas! No. Mejor esto otro. Esto del litúrgico siglo XVII, del ceremonioso siglo XVIII, y de ahora: el ritmo en la construcción.

Rítmicamente suenan las trompetas en la Sala dos Capelos. En los cristales, la llovizna pone un sordo contrapunto con no sé qué de bautismal. Todo tiene solemnidad y gracia de carisma. Dios le dió a Franco los dones que la humana inteligencia confirma. Con religiosa unción, el rector abre los libros; recita el Caudillo la fórmula latina y pone en su dedo el rubí que corresponde a su Facultad: el doctoral anillo de las nupcias con el saber y el Derecho.

Justicia ha sido hecha. Hace trece años una monstruosa confabulación de sectarismos e ineptias le llamó a la noche día; al día, noche; luz a la sombra, sombra a la luz; defensor del Derecho a Negrín, y tirano a Franco. Ahora, espontánea y libremente, en su independencia altiva y su conciencia insobornable, la siete veces secular Universidad de Coimbra, depositaria de ilustres tradiciones y de la gran escuela jurídica cristiana, pone las cosas en su punto; le restituye a las palabras su sentido y lleva a su claustro a nuestro paladín.



En el Palacio Real de Ajuda, el Mariscal Carmona ofreció un banquete de gala al Jefe del Estado español. Fueron comensales todos los miembros del Gobierno portugués, séquito de S. E. el Generalísimo y Jefes de las representaciones diplomáticas acreditadas en Lisboa. En la «foto» de arriba, los dos Jefes de Estado en animado coloquio, antes del banquete.

